

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LOS ÁNGELES, COMPAÑEROS
DE LA VIDA**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

San Policarpo.

San Pacomio el grande.

San Patricio.

Santa Filomena.

San Antonio Abad.

San Félix de Nola.

Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

Santo Domingo de Guzmán.

San Francisco de Asís.

San Francisco Javier.

San Gerardo Mayela.

Beata Giovanna María Bonomo.

San Benito de Palermo.

Santa Juana de Orvieto.

Mística Domenica del Paradiso.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Todos tenemos un ángel custodio que Dios ha puesto a nuestro lado para que nos defienda y nos proteja y nos ayude en todas nuestras necesidades. La existencia de nuestro ángel custodio es una verdad de fe y la Iglesia declaró su fiesta el dos de octubre.

San Bernardo (1090-1153) nos dice: Seamos devotos, agradecidos a unos guardianes tan eximios, correspondamos a su amor, honrémosles cuanto podamos y según debemos. Somos como menores de edad y nos queda por recorrer un camino largo y peligroso, pero nada debemos temer bajo la custodia de unos guardianes tan excelsos. Ellos, los que nos guardan en nuestros caminos, no pueden ser vencidos ni engañados y menos aún pueden engañarnos. Son fieles, son prudentes, son poderosos. ¿Por qué espantarnos? Basta con que los sigamos, con que estemos unidos a ellos y viviremos así a la sombra del Omnipotente ¹.

Hay muchos santos y místicos que han visto visiblemente a estos ángeles custodios y nos hablan por experiencia. Es muy interesante observar cómo en ciertos casos hasta cocinaban, limpiaban, transportaban cargas, conducían coches y, sobre todo inspiraban buenas acciones, además de proteger del poder del maligno. ¡De cuántos peligros nos habrán librado, del cuerpo y del alma, sin que nos hayamos dado cuenta! Por eso, debemos invocarlos y quererlos y pedirles ayuda en nuestras necesidades.

Son muchas las bendiciones que Dios puede darnos por medio de ellos y las perderemos por no creer en ellos o no invocarlos. Yo te pregunto: *¿Eres amigo de tu ángel? ¿Lo invocas algunas veces?* San Agustín decía: *Ellos nos miran con ardiente amor y nos ayudan para que podamos llegar también nosotros a las puertas del cielo* ².

Leamos atentamente lo que nos dicen algunos santos, en sus propios escritos sobre sus experiencias personales, sobre estos amigos y compañeros de la vida y seamos agradecidos. Y Dios nos bendecirá por su medio más de lo que podemos pensar o imaginar.

¹ Sermón 12.

² Coment al Sal 62, 6.

SAN POLICARPO

San Policarpo fue un mártir del siglo II, discípulo directo del apóstol san Juan, quien lo ordenó obispo de Esmirna. Fue maestro de san Ireneo y estuvo en contacto con san Ignacio de Antioquía. Según refieren sus biógrafos, una mujer rica lo puso como administrador de sus bienes y él, como un hombre caritativo, daba muchas cosas a los pobres. Uno de los servidores de la casa lo denunció a la dueña de que dilapidaba sus bienes. Ella le pidió que le diera las cuentas de su administración. Fueron a ver sus provisiones, mientras él oraba intensamente a Dios, y encontraron todas las dependencias llenas. Él se sintió feliz de ver el gran milagro que Dios había hecho por medio de los ángeles.

También se cuenta que un día, siendo ya obispo, fue a visitar a familias cristianas de la campiña. Tuvo que dormir con su compañero en una casa vieja y abandonada y hacia medianoche un ángel le dijo: *Levántate pronto y sal de esa casa porque se derrumbará*. Su compañero no quería levantarse y el ángel volvió a insistirle hasta una tercera vez, pero fue tan apremiante que salió con el compañero, cuando ya se estaba desplomando la casa y así se salvaron por la ayuda del ángel ³.

SAN PACOMIO EL GRANDE

Fue un anacoreta del desierto. Vivió junto a san Antonio Abad hasta que un día se le apareció un ángel y le indicó fundar un monasterio en Tabennisi. El reconocido historiador Sozomeno dice: Habiendo caminado mucho en la soledad, llegó al desierto de Tabennisi. Se puso en oración y escuchó una voz de un ángel que decía: *Detente aquí y construye un monasterio, muchos vendrán a ti y los conducirás a Dios, siguiendo la regla que te mostraré*. Un ángel le entregó un tabla con la regla escrita para dirigir a los monjes. El historiador afirma que este santo ermitaño tenía frecuentes coloquios con los ángeles ⁴.

SAN PATRICIO

San Patricio, el patrón de Irlanda, vivió en el siglo IV. Fue hecho prisionero por unos piratas que lo llevaron a Irlanda, donde lo destinaron a cuidar cerdos. Después de 6 años de ser esclavo, un día mientras oraba, se le presentó

³ Abbé Prau, *Les saints anges considérés dans leur nature, leur ministère et leur bienveillance a notre egard*, Tomo 2, 1844, pp. 40-44.

⁴ B. M. Marechaux, *La réalité des apparitions angeliques*, Ed. Tequi, París, 1901 p. 54.

un ángel y le dijo: *Tu ayuno y oraciones han agradado al Señor, por lo tanto pronto romperá tus cadenas y te reenviará libre a tu patria.* Otro día se le apareció el ángel y le dijo que lo acompañaría en todos sus viajes y que cavara en cierto lugar donde encontró dinero para conseguir la libertad. Después de llegar a su patria, el ángel le dijo que fuera a Francia y se pusiera a las órdenes de San Germán de Auxerre, con el que permaneció 18 años y así pudo hacerse ordenar sacerdote. Después se fue a Roma, donde el Papa Celestino lo consagró obispo, y el ángel le indicó que fuera a evangelizar a Irlanda ⁵.

SANTA FILOMENA

La historia de su vida se basa especialmente en las revelaciones que la misma santa Filomena le hizo el 3 de agosto de 1833 a la religiosa sor María Luisa de Jesús durante una visión. Esta religiosa, mística, llamada de seglar Carmela Ascione, era de Barra (cerca de Nápoles). Nació en 1799 y murió en 1875. Fundó las Oblatas de la Dolorosa y de santa Filomena. Después de la reforma litúrgica tuvo que quitar el nombre de Filomena de su Institución. Sin embargo, la misma Iglesia por medio de la Congregación del Santo Oficio del 21 de diciembre de 1833 permitió la publicación dando el *imprimatur* de estas revelaciones, considerándolas dignas de fe. Veamos lo que escribió sobre la vida de esta gran santa:

Al momento de nacer me pusieron el nombre de Lumena, en alusión a la luz de la fe, de la cual era fruto. El día de mi bautismo me llamaron Filomena, hija de la luz (filia luminis), porque en ese día había nacido a la fe. Mis padres me tenían gran cariño y siempre me tenían con ellos. Fue por eso que me llevaron a Roma, en un viaje que mi padre fue obligado a hacer debido a una guerra injusta.

Yo tenía trece años. Cuando arribamos a la capital nos dirigimos al palacio del emperador y fuimos admitidos para una audiencia. Tan pronto como Diocleciano me vio, fijó los ojos en mí.

El emperador oyó toda la explicación del príncipe, mi padre. Cuando este acabó y no queriendo ser ya más molestado, le dijo: “Yo pondré a tu disposición toda la fuerza de mi imperio y te pediré a cambio sólo una cosa, la mano de tu hija”. Mi padre, deslumbrado con un honor que no esperaba, accede inmediatamente a la propuesta del emperador y, cuando regresamos a nuestra casa, mi padre y mi madre hicieron todo lo posible para inducirme a que cediera a los deseos del emperador y los suyos. Yo lloraba y les decía: “¿Ustedes desean

⁵ Abbé Prau, o.c., pp. 123-126.

que por el amor de un hombre yo rompa la promesa que he hecho a Jesucristo? Mi virginidad le pertenece a Él y yo ya no puedo disponer de ella”. “Pero eres muy joven para ese tipo de compromiso —me decían— y proferían las más terribles amenazas para hacerme que aceptara la mano del emperador”.

La gracia de Dios me hizo invencible. Mi padre, no pudiendo convencer al Emperador con las razones que alegó para ser dispensado de la promesa que había hecho, fue obligado por Diocleciano a llevarme a su presencia.

Tuve que soportar nuevos ataques de parte de mis padres hasta el punto que de rodillas ante mí, imploraban con lágrimas en sus ojos, que tuviera piedad de ellos y de mi patria. Mi respuesta fue: No, no, Dios y el voto de virginidad que le he hecho, está primero que ustedes y mi patria. Mi reino es el cielo.

Mis palabras los hacía desesperar y me llevaron ante la presencia del emperador, el cual hizo todo lo posible para ganarme con sus atractivas promesas y con sus amenazas, las cuales fueron inútiles. Él se puso furioso e, influenciado por el demonio, me mandó a una de las cárceles del palacio donde fui encadenada. Pensando que la vergüenza y el dolor iban a debilitar el valor que mi divino esposo me había inspirado, me venía a ver todos los días y soltaba mis cadenas para que pudiera comer la pequeña porción de pan y agua que recibía como alimento, y después renovaba sus ataques, que si no hubiera sido por la gracia de Dios, no hubiera podido resistir. Yo no cesaba de encomendarme a Jesús y a su Santísima Madre.

Mi cautiverio había durado treinta siete días, cuando, en el medio de una luz divina, vi a María con su divino Hijo en sus brazos. Ella me dijo: “Hija mía, tres días más de prisión, y después de 40 días dejarás este lugar de sufrimiento”. Las felices noticias hicieron mi corazón latir de gozo, pero como la Reina de los ángeles había añadido, dejaría la prisión, para ser sometida a tormentos mucho más terribles que los anteriores. Pasé del gozo a una terrible angustia, que pensaba me mataría. Entonces me dijo la Reina de los cielos: “Ten valor, Hija mía, ¿no sabes el amor y la predilección que tengo por ti? El nombre que has recibido en tu bautismo es garantía de ello, y la semejanza que tiene con mi Hijo y conmigo. Como tú te llamas Lumela y tu Esposo se llama Luz, Estrella, Sol; y como soy llamada, Aurora y Estrella, no temas, yo te asistiré. Ahora que tu naturaleza se debilita, con toda justicia, en su momento, la gracia te prestará sus fuerzas y el ángel, que también es mi ángel, Gabriel, que su nombre expresa fortaleza, vendrá en tu auxilio. Te recomendaré especialmente a él para tu cuidado como mi más querido bien”.

Las palabras de la Reina de las Vírgenes me dieron nuevamente valor y la visión desapareció, dejando la prisión llena de un perfume celestial.

Lo que se me había anunciado, pronto se realizó. Diocleciano, perdiendo todas sus esperanzas de hacerme cumplir la promesa de mi padre, tomó la decisión de torturarme públicamente y el primer tormento era ser flagelada. “Debido a que ella no se avergüenza de preferir a un malhechor, condenado por su mismo pueblo a una muerte infame, en lugar de un emperador como yo, entonces merece que mi justicia la trate a ella como él fue tratado”. Ordenó que me quitaran mis vestidos, que fuera atada a una columna y en presencia de un gran número de personas de la Corte, hizo que me azotaran con tal violencia, que mi cuerpo se bañó en sangre, y lucía como una sola herida abierta. El tirano, pensando que me iba a desmayar y morir, me hizo arrastrar a la prisión para que muriera.

Dos ángeles brillantes con luz, se me aparecieron en la oscuridad y derramaron un bálsamo en mis heridas, restaurando en mí la fuerza, que tenía antes de mi tortura.

Cuando el emperador fue informado del cambio que en mí había ocurrido, me hizo llevar ante su presencia y trató de hacerme ver que mi curación se la debía a Júpiter, diciendo: “Él ha decidido positivamente que tú serás la emperatriz de Roma”. Y lanzó seductoras palabras y promesas de grandísimos honores y aduladoras caricias, esforzándose por completar el trabajo del infierno que había comenzado; pero el Espíritu Santo, al cual había encomendado mi constancia, llenó de luz mi entendimiento en ese instante para dar todas las pruebas de la solidez de nuestra fe a las que ni Diocleciano ni ninguno de sus cortesanos presentes pudieron nunca responder.

Entonces se renovó su frenética ira y ordenó que fuera sumergida en las aguas del Tíber con un ancla en el cuello. La orden fue ejecutada, pero Dios no permitió que esto tuviera éxito; en el momento en el cual iba a ser precipitada al río, dos ángeles vinieron en mi socorro, cortando la soga que estaba atada al ancla, la cual fue a parar al fondo del río, y me transportaron gentilmente a la vista de la multitud, a las orillas del río.

Este milagro obró un maravilloso efecto en un gran número de espectadores, que se convirtieron a la fe; pero Diocleciano, lo atribuyó a cierta magia secreta y me arrastraron por las calles de Roma y ordenó que me dispararan una lluvia de flechas. Cuando las recibí, mi sangre fluía por todos lados. Él ordenó, cuando estaba exhausta y moribunda, que fuera llevada nuevamente al calabozo.

El cielo me honró con un nuevo favor. Entré en un dulce sueño y, cuando desperté, estaba totalmente curada. El tirano, lleno de rabia, dijo: “Que sea

nuevamente traspasada con flechas afiladas”. Otra vez los arqueros doblaron sus arcos, con todas sus fuerzas, pero las flechas se negaron a salir. El Emperador estaba presente y a la vista de esto se llenó de rabia, y diciendo que yo era una maga, pensó que la acción del fuego destruiría este “encantamiento”. Entonces ordenó que las puntas de las flechas fueran calentadas en un horno al rojo vivo y con ellas mandó apuntar nuevamente contra mí. Y esta vez las flechas fueron disparadas, pero éstas, luego de recorrer parte de la distancia que las separaba de mí, tomaron milagrosamente la dirección contraria desde donde habían sido lanzadas y seis arqueros fueron muertos por estas. Entonces varios de ellos renunciaron al paganismo y la gente comenzó a rendir público testimonio del poder de Dios que me había protegido. Esto enfureció al tirano, que determinó apresurar mi muerte, ordenando que mi cabeza fuera cortada con un hacha.

Entonces, mi alma voló hacia mi divino Esposo, el cual me coronó con la corona de la virginidad y la palma del martirio, y distinguida con esta elección, tengo parte en el gozo de su divina Presencia. Este día que fue tan feliz para mí por verme entrar en la Gloria, fue un Viernes, y la hora de mi muerte, la tres de la tarde: el mismo día y la misma hora en que el divino Maestro expiró ⁶.

El mayor milagro que Dios hizo para reafirmar la existencia y santidad de santa Filomena fue el hecho indiscutible de que su devoción se extendió por todo el mundo en pocos años y esto por los muchos milagros que realizó por su intercesión en diversos lugares y países. Basta leer el libro de Francesco di Lucia, fundador y primer Rector del santuario de santa Filomena en Mugnano del Cardinale: *Relazione istorica. Bella traslazione del corpo di S Filomena vergine.*

SAN ANTONIO ABAD

Él fue un santo ermitaño del siglo III, fundador del monacato primitivo y el primero de los Padres del desierto. Sus padres murieron cuando tenía 18 años y dos años más tarde él repartió sus cuantiosos bienes a los pobres. A los 35 años se internó en el desierto por 20 años. San Atanasio escribió su vida, por lo que tenemos datos seguros sobre él. Sabemos que se dedicaba a cultivar un pequeño huerto y a tejer esteras con hojas de palma. Esto se debió a que un día un ángel se le apareció, tejiendo esteras con hojas de palma y le dijo: *Hazlo tú así y serás salvo.* Refiere san Atanasio que trabajaba y a la vez oraba. Orar y trabajar o

⁶ Puede leerse en italiano en el libro de Giovanni Braschi, *Santa Filomena, stella del Paradiso*, Santuario de Mugnano, 2010, pp. 27-34.

trabajar y orar era para él una sola cosa. Y gran parte de la noche se la pasaba en oración⁷.

SAN FÉLIX DE NOLA

Una noche se le apareció un ángel lleno de gloria, estando en la cárcel. No podía ni recostarse ni estar de pie, porque el suelo estaba lleno de cascotes puntiagudos. Y se le apareció un ángel y, al igual que a san Pedro en la cárcel, lo liberó de las cadenas y pudo salir por las puertas abiertas de la prisión y conducido por el aire por el ángel al lugar donde estaba Máximo, obispo de Nola, que estaba casi muerto de hambre y de frío. Félix lo ayudó, lo llevó a hombros a la casa episcopal y él mismo se retiró a un lugar solitario hasta el año 250, cuando terminó la persecución del emperador Decio. Al morir Máximo, lo eligieron a él como obispo de Nola. Murió el 14 de enero del año 257⁸.

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT DE CHANTAL

Cuándo quedó viuda les enseñaba a sus hijos y a los empleados de la casa el catecismo. Por la noche rezaba con sus hijos y criados las letanías de María y un De profundis por el alma de su difunto esposo. Después hacía el examen de conciencia y pedía a su ángel custodio que le diera la bendición. Luego les daba la bendición a sus hijos y los hacía acostar.

Mandó que se pegara en la puerta de las celdas de las religiosas, cuya Congregación fundó, una imagen del ángel de la guarda para que todas se acordasen de él al entrar y salir de sus habitaciones. Una vez, yendo de viaje, le dijo a su compañera: Acostumbrémonos al entrar en las casas a saludar a los santos ángeles que las custodian, y al salir recibamos su bendición. Todos los días ella le pedía a su ángel antes de acostarse que le diera la bendición. El día que renovó sus votos, invitó a los ángeles de la guarda que fueran testigos de ese acto. En una oportunidad en que se acercaba a la ciudad de Lyon para fundar un convento, aseguró que sintió la presencia de los ángeles custodios de Francia que la recibían.

Esta devoción a los ángeles se la fortaleció su director espiritual, san Francisco de Sales. En una ocasión cuenta Ana Jacobina Coste que quería comulgar y le dijo a su director que no había ningún sacristán para ayudarle. Él le

⁷ Butler, *Vidas de los padres, mártires y otros principales santos, deducidas de textos originales*, tomo 1, Valladolid, 1789, p. 249 ss.

⁸ Ib. p. 210 ss.

respondió: *Tu ángel y el mío serán los sacristanes. El oficio de los ángeles es también asistir al santo sacrificio de la misa* ⁹.

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

Estaba en un convento de monjas, conversando con las religiosas, que eran 104. Después de terminar la conversación, les dijo: *El Señor quiere que vaya a Santa Sabina. Fray Tancredo y las monjas quisieron disuadirlo y le dijeron: Padre, ya ha pasado la hora, es ya cerca de medianoche y no conviene que os alejéis de aquí. Él insistió en irse. Como no pudieron disuadirle de su decisión, tomó a fray Tancredo, prior de los frailes, y a fray Odón y partió con ellos.*

Al llegar a la puerta de la iglesia para salir encontraron lo que había prometido el bienaventurado Domingo, a un joven hermosísimo que, de pie junto a la puerta y con un bordón en la mano, parecía estar dispuesto a caminar. Entonces el bienaventurado Domingo dijo a los frailes acompañantes que siguieran a aquel joven, y él partió detrás de ellos.

Al llegar a la puerta de la iglesia, la hallaron cerrada y cuidadosamente echados los cerrojos. Mas aquel joven que les precedía el camino empujó una hoja de la puerta, y al punto se abrió ante ellos, y en primer lugar entró el joven, después los frailes y, finalmente, el bienaventurado Domingo.

Después que hubieron entrado todos, aquel joven salió, y súbitamente quedó cerrada la puerta, como la habían encontrado. Entonces fray Tancredo interrogó al bienaventurado Domingo diciendo:

—Padre santo, ¿quién es este joven que ha venido con nosotros? Y él respondió:

—Hijo, ha sido un ángel que el Señor ha enviado para nuestra custodia ¹⁰.

SAN FRANCISCO DE ASÍS

En el libro *Floreccillas* de San Francisco se dice que *un niño muy puro e inocente fue admitido en la Orden y estaba en un eremitorio pequeño en el cual los hermanos, por necesidad, dormían en el suelo. Fue una vez san Francisco a ese eremitorio; y a la tarde, después de rezar completas, se acostó a fin de poder*

⁹ Bougaud, *Historia de santa Juana Francisca Fremiot*, Madrid, 1897, segundo tomo, p. 335.

¹⁰ Santo Domingo de Guzmán, *Su vida, su Orden, sus escritos*, BAC, Madrid, 1966, pp. 405-406.

levantarse a hacer oración por la noche mientras dormían los demás, según tenía costumbre.

Este niño se propuso espiar con atención lo que hacía san Francisco, para conocer su santidad, y de modo especial le intrigaba lo que hacía cuando se levantaba por la noche. Y para que el sueño no se lo impidiese, se echó a dormir al lado de san Francisco y ató su cordón al de san Francisco, a fin de poder sentir cuando se levantaba; san Francisco no se dio cuenta de nada. De noche, durante el primer sueño, cuando todos los hermanos dormían, san Francisco se levantó, y, al notar que el cordón estaba atado, lo soltó tan suavemente, que el niño no se dio cuenta; fue al bosque, que estaba próximo al eremitorio; entró en una celdita que había allí y se puso en oración.

Al poco rato despertó el niño, y, al ver el cordón desatado y que san Francisco se había marchado, se levantó también él y fue en su busca; hallando abierta la puerta que daba al bosque, pensó que san Francisco habría ido allá, y se adentró en el bosque. Al llegar cerca del sitio donde estaba orando san Francisco, comenzó a oír una animada conversación; se aproximó más para entender lo que oía, y vio una luz admirable que envolvía a san Francisco; dentro de esa luz vio a Jesús, a la Virgen María, a san Juan Bautista y al Evangelista, y una gran multitud de ángeles, que estaban hablando con san Francisco. Al ver y oír esto, el niño cayó en tierra desvanecido ¹¹.

SUS LLAGAS

Cuando llegó al retiro del Alverna para celebrar la Cuaresma en honor del arcángel san Miguel, aves de diversa especie aparecieron revoloteando en torno a su celdita, y con sus armoniosos conciertos y gestos de regocijo, como quienes festejaban su llegada, parecía que invitaban encarecidamente al piadoso padre a establecer allí su morada. Al ver esto, dijo a su compañero: “Creo, hermano, ser voluntad de Dios que permanezcamos aquí por algún tiempo, pues parece que las hermanas avecillas reciben un gran consuelo con nuestra presencia”.

Fijando, pues, allí su morada, un halcón (que podría ser un ángel) se le asoció con un extraordinario pacto de amistad. En efecto, todas las noches, a la hora en que el santo acostumbraba levantarse para los divinos oficios, el halcón le despertaba con sus cantos y sonidos. Este gesto agradaba sumamente al siervo de Dios, ya que semejante solicitud ejercida con él le hacía sacudir toda pereza y desidia. Mas, cuando el siervo de Cristo se sentía más enfermo de lo

¹¹ *Florechillas de San Francisco, cap. 17.*

acostumbrado, el halcón se mostraba comprensivo, y no le marcaba una hora tan temprana para levantarse, sino que al amanecer —como si estuviera instruido por Dios— pulsaba suavemente la campana de su voz.

Ciertamente, parece que tanto la alegría exultante de la variada multitud de aves como el canto del halcón fueron un presagio divino de cómo el cantor y adorador de Dios —elevado sobre las alas de la contemplación— había de ser exaltado en aquel mismo monte mediante la aparición de un serafín ¹².

Tomás de Celano escribe: Durante su permanencia en el eremitorio, dos años antes de partir para el cielo tuvo Francisco una visión de Dios: vio a un hombre que estaba sobre él; tenía seis alas, las manos extendidas y los pies juntos, y aparecía clavado en una cruz. Dos alas se alzaban sobre su cabeza, otras dos se desplegaban para volar, y con las otras dos cubría todo su cuerpo. Ante esta contemplación, el bienaventurado siervo del Altísimo permanecía absorto en admiración, pero sin llegar a descifrar el significado de la visión. Se sentía envuelto en la mirada benigna y benévola de aquel serafín de inestimable belleza; esto le producía un gozo inmenso y una alegría fogosa; pero al mismo tiempo le aterraba sobremanera el verlo clavado en la cruz y la acerbidad de su pasión. Se levantó, por así decirlo, triste y alegre a un tiempo, alternándose en él sentimientos de fruición y pesadumbre. Cavilaba con interés sobre el alcance de la visión, y su espíritu estaba muy acongojado, queriendo averiguar su sentido. Mas, no sacando nada en claro y cuando su corazón se sentía más preocupado por la novedad de la visión, comenzaron a aparecer en sus manos y en sus pies las señales de los clavos, al modo que poco antes los había visto en el hombre crucificado que estaba sobre sí.

Las manos y los pies se veían atravesados en su mismo centro por clavos, cuyas cabezas sobresalían en la palma de las manos y en el empeine de los pies y cuyas puntas aparecían por la parte opuesta. Estas señales eran redondas en la palma de la mano y alargadas en el torso; se veía una carnosidad, como si fuera la punta de los clavos retorcida y remachada, que sobresalía del resto de la carne. De igual modo estaban grabadas estas señales de los clavos en los pies, de forma que destacaban del resto de la carne. Y en el costado derecho, que parecía atravesado por una lanza, tenía una cicatriz que muchas veces manaba, de suerte que túnica y calzones quedaban enrojecidos con aquella sangre bendita ¹³. Sucedió el día 4 de septiembre del año 1224.

SAN FRANCISCO JAVIER

¹² S. Buenaventura, Leyenda mayor 9, 1.

¹³ Tomás de Celano, 1 Celano 94-95.

En su viaje a Venecia en noviembre de 1536 con otros nueve compañeros jesuitas, llegaron a Suiza. Un día estaban cansados, con hambre y con mucho frío. Llegaron a la posada. El pueblo estaba de fiesta, todos bebían, cantaban, bailaban, porque celebraban la boda del párroco que se había pasado a la Reforma protestante. Otro día en otra aldea fueron a visitar al sacerdote que ya estaba casado. Quiso discutir con ellos, pero al no poder vencerlos y sentirse derrotado sin saber responder a sus preguntas, los amenazó con la cárcel para el día siguiente. Aquella noche se encomendaron a Dios. Felizmente al clarear el día se presentó en la posada un hombre de gran estatura como de 30 años y mirándolos amistosamente dio a entender a los viajeros que él les mostraría el camino. Los sacó fuera de la ciudad y después los llevó a campo traviesa sin camino y por sitios limpios de nieve, mientras todo alrededor estaba nevado. Iba delante caminando en silencio y de tiempo en tiempo se volvía a mirarlos y con amable sonrisa les hacía comprender que nada debían temer. Cuando llegaron al camino real cubierto de nieve, les mostró el camino que debían seguir y se despidió de ellos ¹⁴.

También amaba mucho a su ángel custodio y les enseñaba a los niños una oración al ángel: *Ángel de Dios que eres mi guardián, defiéndeme, sálvame, gobiérname... Te ruego, ángel bendito, a cuya providencia estoy encomendado que estés siempre presente para ayudarme. Ante nuestro Señor presenta mis ruegos para que por tu misericordia y tus preces me conceda el perdón de mis pecados pasados, verdadero conocimiento y contrición de los presentes, y aviso para evitar los venideros; y me dé la gracia del bien obrar y perseverar hasta el fin... Te ruego que nunca me desampares y siempre me cuides y me defiendas en la guerra con los demonios, vigilándome de día y de noche en todas las horas y momentos dondequiera que estuviere. Amén.*

Y se encomendaba mucho al arcángel san Miguel, el patrono y protector del castillo de Javier, a quien encomendaba especialmente el reino del Japón como su patrono. También se encomendaba a los ángeles custodios de todos los japoneses y de sus hermanos difuntos de la Compañía. Es decir que los ángeles estaban siempre presentes en su vida.

SAN GERARDO MAYELA

Tenía tantos deseos de comulgar, siendo niño, que el párroco al verlo tan pequeñito con 6 años lo mandó a su sitio. Él lloró de pena y por la noche Dios envió al arcángel san Miguel para darle la comunión. Esto lo contó el mismo

¹⁴ Schurhammer Georg, *Francisco Javier, su vida y su tiempo*, vol 1, Pamplona, 1992, p. 379.

Gerardo al día siguiente a algunos amigos como Alejandro Piccolo y la señora Catalina Zaccardi. Dijo: *Ayer el padre no me quiso dar a Jesús, pero esta noche me lo ha dado san Miguel arcángel.* Todos los biógrafos lo cuentan como un hecho considerado auténtico.

Un día Gerardo estaba en el oficio de cocinero y, después de comulgar, quedó en éxtasis delante de un crucifijo y se olvidó de preparar la comida. A la hora de ir al comedor, Gerardo no aparecía. Lo buscaron por todas partes. Cuando apareció, un hermano le dijo: *Gerardo, la hora de la comida va a llegar y las puertas de la cocina están cerradas.* Gerardo respondió: *Hombre de poca fe, ¿y los ángeles qué hacen?* Se dio la señal de ir al comedor y Gerardo les ofreció una comida succulenta que jamás habían probado como aquel día¹⁵. Los ángeles habían cocinado.

El padre Caione refiere: La celda de Gerardo tenía un olor del paraíso y José Salvadore afirmaba que la gente que venía de Oliveto a visitarlo, al entrar en su habitación, respiraba un perfume celestial. A la suavidad de los perfumes, a pesar de ser tísico con vómitos de sangre que normalmente tienen mal olor, se añadía melodías angelicales. Dice el padre Caione: *En la noche que precedió a su muerte, en su habitación se sentía una armonía de ángeles que hacía sentir la dulzura del paraíso.*

BEATA GIOVANNA MARÍA BONOMO (siglo XVII)

Dios le concedió la gracia de ver a su ángel custodio y a san Francisco. Entró de religiosa en el convento de san Girolamo en Bassano del Grappa. Eran benedictinas con ayunos y penitencias sin relajamientos como había en otros conventos. En el convento tenía frecuentemente la compañía de santos y ángeles. De noche y de día oía cánticos celestiales que la envolvían en una atmósfera celestial. Incluso al Gloria de la misa resonaba en sus oídos el canto de los ángeles como en la noche de Belén. A veces le parecía que su alma era llevada al paraíso delante del trono de Dios y que los nueve coros de ángeles, uno de cada coro en nombre de todos, la presentaban a Dios. Y el ángel de cada coro le concedía una virtud a su alma. Conocía a su ángel custodio y sabía que se llamaba Vencedor.

Del coro de los ángeles recibía humildad; de los arcángeles, obediencia; de los tronos, pureza, de las dominaciones, mortificación; de los principados magnanimidad; de las potestades, fortaleza; de las virtudes, discreción; de los querubines inteligencia; y de los serafines, caridad y amor. A los 16 años, el 8 de

¹⁵ Benedetti Claudio, *Vita di san Gerardo Maiella*, Roma, 1904, p. 173.

septiembre de 1622, después de buena preparación con oraciones y sacrificios, hizo su profesión perpetua, y vio al Señor glorioso que con mucho amor aceptaba su ofrecimiento en compañía de la Virgen María y de san Benito y otros muchos santos y ángeles. Ese día recibió el nombre de Giovanna. En adelante se llamó Giovanna María. También el Señor le concedió un nuevo ángel, que se llamaba Áureo. El mismo Señor le puso al cuello tres bellas cadenas como de oro sin esmaltes, diciéndole que quería que ella añadiese las perlas y piedras y esmaltes.

Una vez que el Señor le hizo ver a su ángel custodio, la consoló, especialmente porque lo vio por tres meses continuos en todo lugar, de día y de noche. Por eso estaba feliz de estar sola, porque estaba con él, que la instruía y la defendía y consolaba. Y los demonios desaparecían ¹⁶.

En el momento de la muerte de su padre entró en éxtasis y lo llevó, acompañada de muchos ángeles y santos en procesión hacia el cielo. De pronto los ángeles desaparecieron. Giovanna y su padre estaban en un lugar que parecía ser una prisión, pero no había fuego ni otra pena, sino cierta oscuridad. Allí estuvieron como media hora. Después el Señor dio permiso para que siguiera adelante y así en un momento se encontraron en el paraíso. El alma de su padre fue introducida por los ángeles en la gran fiesta de la patria celestial.

Una vez su confesor contó las hostias antes de la misa. Puso tantas cuantas hermanas había menos una, porque a Giovanna no iba a darle la comunión y, cuando ella se acercó con las otras para comulgar, fue rechazada por el sacerdote. Al llegar el momento de la comunión, faltó una hostia para la última hermana. Cuando terminó la misa, el sacerdote hizo llamar a Giovanna. Le dijo: Yo no te he dado la comunión, ¿quién ha sido? Ella respondió que un segundo antes de que ella se alejase del comulgatorio, un ángel bellissimo había tomado una hostia del copón que tenía en sus manos el sacerdote y le había dado la comunión.

En el proceso de canonización se lee que Jesús le daba frecuentemente la comunión, cuando se la prohibían los confesores. En una ocasión se le presentaron en éxtasis doce profetas, doce apóstoles, doce caballeros mártires, doce santas vírgenes y mártires, doce fundadores de Órdenes y Congregaciones religiosas y doce vírgenes no mártires con la Virgen María. Después se le mostró el Señor todo bello y glorioso con doce ángeles, que tocaban una música suavísima.

Un día el Señor le dio un serafín. Le dijo: *Porque has sido fiel en resignarte y aceptar sufrir todas las tribulaciones y enfermedades, tentaciones y*

¹⁶ Bottecchia Dehò Elisabetta, *Misticismo, nella beata Giovanna María Bonomo*, benedictina Ed., Roma, 2002, pp. 63-67.

persecuciones, te asigno un serafín, de mis más queridos y amantes siervos, para que te haga partícipe de aquel amor en que él arde. Y este serafín, de vez en cuando, la hería con un dardo de oro en el corazón.

El serafín parecía tener unos diez años y vestía con una túnica blanca que relampagueaba. Y tenía en la mano un dardo de oro con el que le hería el corazón. Y, aunque las demás la dejaran sola en la celda, ella se sentía feliz acompañada en ciertos momentos por Jesús, el serafín y su ángel custodio. Un día Jesús le dio un beso de amor que la curó. Era el beso de Jesús a su amada esposa.

SAN BENITO DE PALERMO

Un día se fue a la montaña cercana al convento y encontró un árbol grande caído por el viento. Siete hombres no podían llevarlo y él solo lo llevó a casa con facilidad. Seguramente ayudado por los ángeles ¹⁷.

Fray Gregorio de Licata declaró que para la fiesta de Navidad llegó una vez Monseñor Diego Haiedo, inquisidor del Reino de Sicilia y después arzobispo de Palermo. Fray Benito, durante toda la noche y en la mañana del día de Navidad, estuvo en oración. Era tanto el amor y el gozo que tenía por el nacimiento de Jesús que se olvidó de preparar la comida para Monseñor y para los hermanos. Estaban ya todos los frailes en la misa mayor y no había nada preparado. El padre Vicario fue a la cocina y no encontró a Benito y ni siquiera había lumbre en la cocina. Fue buscando a Benito por toda la casa y no lo encontraba.

Fray Gregorio estaba ayudando a misa de turiferario y, teniendo el incensario en la mano, dio un golpe detrás de una cortina y vio que fray Benito estaba arrodillado allí en oración. Le dijo que el padre Vicario lo estaba buscando. Fray Benito, terminada la misa, se fue llevando la lumbre a la cocina. Estaba para prender el fuego, cuando lo encontró el padre Vicario. Fray Benito le dijo que podía mandar a todos al comedor, porque todo estaría preparado. El Vicario gritó diciendo que eso no iba a ser posible por la hora y porque faltaba mucho por hacer. El padre Vicario se retiró y vinieron *dos ángeles* a ayudarlo y milagrosamente todo estuvo listo para la hora de la comida. Algunos hablaron de haber visto por las grietas de la puerta a dos jóvenes de unos 16 años que estaban ayudando a poner las mesas. Lo cierto es que todo estuvo listo a la hora y comieron muy a gusto ¹⁸.

¹⁷ De Randazzo Antonio, *Vita et miracoli del beato Benedetto di San Fratello*, 1623, p. 156.

¹⁸ Randazzo, pp. 141-142.

El padre Antonino de Coniglione dio testimonio de que fue compañero de fray Benito en un viaje y ninguno de los dos llevaba nada de comer, porque fray Benito no se preocupaba de las cosas mundanas, confiando siempre en la providencia divina.

Después de un largo trecho de camino, fray Antonino se sentía débil y dijo: *Fray Benito, ya no puedo caminar, necesito comer.* Y le preguntó si tenía pan. Le respondió: *Hijo, caminemos un poco más que el Señor proveerá.* Caminaron otro rato y de nuevo fray Antonino exclamó: *Ya no puedo más, tengo mucha debilidad.* Lo animó a confiar en Dios. Y he aquí que se presentó un joven, vestido de mercader, de muy bello aspecto y muy gentil, que los saludó y les preguntó a dónde iban. Le respondieron que a Palermo. Y él les ofreció si querían algo de comer. Al decirle que sí, les dio un pan grande y de inmediato el joven desapareció. Por eso consideraron que era un ángel enviado por Dios ¹⁹.

SANTA JUANA DE ORVIETO

En una ocasión no pudo ir a la iglesia el día de Navidad por estar enferma. Por eso, no pudo comulgar y, al día siguiente, vino sobre ella una luz maravillosa bajada del cielo. Al mirar, vio una hostia blanquísima que salía de la luz y entró en su boca. De esta manera no quedó privada en tan gran día del sacramento del Cuerpo de Cristo. A veces, asistiendo a misa, sentía un olor suavísimo celestial que la llenaba de alegría.

MÍSTICA DOMENICA DEL PARADISO

El día de Pascua de Resurrección bajaron muchos ángeles a su celda, teniendo en las manos, lámparas encendidas; y su ángel custodio, del altar donde el sacerdote celebraba la misa, tomó un pedacito de la hostia del sacerdote y le dio la comunión. El sacerdote, al darse cuenta de que faltaba un pedacito a su hostia, la buscaba sobre el altar y no la encontraba. Estaba inquieto hasta que Domenica, después de la misa, le dijo que había recibido una comunión milagrosa de manos de su ángel ²⁰.

Otra vez suspiraba con el ansia de recibir la comunión y se le presentaron cuatro ángeles, uno de los cuales venía acompañado de otro y llevaba un copón con el S. Sacramento. Los otros dos llevaban cada uno un cirio encendido,

¹⁹ Ib. pp. 129-130.

²⁰ Benedetto María Borghigiani, *Suor Domenica del Paradiso*, Firenze, 1719, p. 253.

estando uno a la derecha y el otro a la izquierda. Domenica se consoló mucho y mirando vio a Jesús en la hostia, el cual le sonreía con alegría. Entonces el ángel que llevaba a Jesús sacramentado le dijo: *Yo soy el arcángel Gabriel*, el que me acompaña es tu ángel y los dos que llevan los cirios son dos ángeles enviados por Dios. La bendijo y le dio la comunión, cayendo ella en éxtasis de tanto amor y alegría que sentía ²¹.

Otra vez cayó en éxtasis y vio a santa Catalina de Siena, que extendió sobre el altar de su celda un corporal blanco y encendió unas velas y vio que su celda se llenó de una niebla blanquísima y apareció el arcángel Gabriel, rodeado de muchos ángeles y le dio la comunión ²².

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los testimonios anteriores sobre los ángeles, podemos decirle *gracias a Dios*, porque nos ha dado un ángel que, desde el principio de nuestra existencia y hasta que estemos ya libres y felices en el cielo, nos seguirá acompañando y ayudando en las necesidades de cada día.

Los ángeles son nuestros defensores y protectores. En las vidas de los santos vemos que realizan diferentes tareas para ayudar a sus escogidos. A veces se presentan en forma de animales, otras veces en figura de la misma persona a quien cuidan y no faltan veces en que realizan tareas de nuestra vida diaria.

Realmente leer esas cosas estimulan nuestra fe y nos ayudan a dar gracias a Dios. Por eso, lo primero que debemos hacer es leer estos testimonios de los santos para creer en los ángeles y después pedirles ayuda, porque muchísimas bendiciones nos perdemos de Dios por no invocarlos. Es importante que les pidamos su bendición. A veces los podemos enviar a saludar incluso al purgatorio a nuestros seres queridos. Otras veces podemos pedirles ayuda en las diferentes dificultades.

Quizás a veces no nos atienden, si es que no es necesaria su ayuda y la podemos conseguir con nuestro esfuerzo, ya que ellos no nos quieren educar a ser flojos y obtener todo con facilidad, pero en casos difíciles o imposibles para nuestras fuerzas, podemos confiar en su ayuda. Y lo mismo en su protección ante peligros que incluso nosotros ni podíamos prever.

²¹ Ib. pp. 147-148.

²² Ib. p. 301.

